



ALBINO GARCIA

Este es el tipo genuino del rancharo del interior, que tanto por su inclinación á las aventuras como por no verse en el caso de saldar bienamente las cuentas que pudiera tener con la justicia, se lanza á la revolución, donde satisface sus aspiraciones, se emancipa de la sociedad y juega un largo albur en el que llega á perder la vida.

Era originario del Valle de Santiago, en el Estado de Guanajuato, y su ocupación, antes de 1810, era la de caporal ó vaquero de las haciendas de las inmediaciones; sabía manejar perfectamente el caballo y la reata, y era un charro consumado que disfrutaba de fama en la comarca. La revolución de Dolores se proclamó en tiempo muy oportuno para él, que con ella vió un refugio seguro é inexpugnable para la justicia virreinal, que lo buscaba. Desde Noviembre

de 1810 se lanzó al campo con una partida corta que á poco fué creciendo, y que llegó á ser el terror de la provincia. Las circunstancias de ignorar Albino el arte de la guerra y de componerse sus fuerzas casi exclusivamente de tropas de caballería, hicieron que no fuese más peligroso y que no pudiese intentar grandes hazañas.

“Albino García no era hombre culto ni instruido; pero no le faltaba viveza y talento natural. No había sido soldado ni conocía la táctica militar; pero en su esfera de guerrillero insurgente, dió inequívocas pruebas de su táctica especial ó su peculiar estrategia; mantuvo en continuo movimiento y alarma á los jefes realistas, hostilizándolos sin descanso, batiéndolos en todas partes, burlando sus persecuciones, desconcertando sus planes y yendo á provocarlos en sus mismos atrincheramientos ó plazas fuertes. Tampoco era un hombre familiarizado con las ideas de orden, de disciplina y de moralidad; pero poseído de energía y de grande resolución, supo dominar con su ruda palabra y con su personal ejemplo á sus subordinados, quienes no sólo lo obedecían y lo respetaban, sino que también le tenían grande afecto.”

“El Manco” García se adhirió con entusiasmo á la causa de la Independencia, y como disfrutaba de grandes simpatías en el Bajío, donde era conocido como hombre

atrevido y capaz de acometer difíciles y arriesgadas aventuras, muy pronto consiguió reunir á su lado un grupo de hombres igualmente atrevidos y resueltos, que lo seguían de buena voluntad y lo ayudaron á conquistar la fama que adquirió como uno de los guerrilleros más famosos de la revolución insurgente.

Muchos fueron los combates en que tomó parte Albino, unos favorables y otros adversos; pero en todos ellos dió siempre evidentes pruebas de arrojo y valentía, y puede asegurarse que la activa y destructora campaña que durante año y medio sostuvo contra los realistas, fué una cadena no interrumpida de actos de intrepidez, de asaltos intempestivos, de combates rudos y sangrientos y de episodios interesantes.

Albino García llegó á reunir bajo su mando á algunos miles de combatientes de las tres armas; pero de preferencia hacía uso de la gente escogida de á caballo, en la cual tenía mayor confianza y á la que procuró equipar y armar de una manera conveniente, pues con esta clase de tropa fué con la que hizo sus mejores hazañas y causó mayores males al enemigo. Al presentarse al frente de éste, formaba en línea de batalla su caballería, desprendiéndola después en dos alas para flanquearlo ó envolverlo, que era la maniobra que "El Manco" llama-

ba "corral," que algunas veces le dió buenos resultados.

Albino recibió su bautismo de fuego en Febrero de 1811, en la hacienda de Quiríeco, donde se encontró con una partida de tropa de Don Angel Linares, que fácilmente puso en fuga á los insurgentes; ese encuentro obligó á aquél á permanecer inactivo algún tiempo, hasta que hubieron salido de la provincia los ejércitos realistas, y sólo quedaron pequeños destacamentos en las poblaciones. Unida su partida á las de Natera y Cleto Camacho en Agosto de ese mismo año de 1811, entró en Pénjamo con cerca de dos mil hombres. Puso arrestado á Don José María Hidalgo y Costilla, hermano del caudillo de Dolores, y que no tomó parte en la revolución, Sudelegado de aquel lugar, é hizo que varios vecinos tenidos como realistas, fueran amarrados y paseados por las calles, según refiere el mismo Hidalgo y Costilla en el parte que dirigió á Calleja.

Derrotado por Meneso, que lo creyó aniquilado, sorprendió á Lagos, en cuyo lugar hizo que fueran objeto de escarnio público algunas personas, que también fueron paseadas por las calles, lo mismo que hizo en Aguascalientes, donde cometió algunos saqueos y mandó que fueran paseados en burros unos señores González y Don José María Rico, quienes corrieron el riesgo de

ser fusilados. León se libró de ser atacado por García, gracias á la oportuna llegada de las tropas de Viña; pero el incansable guerrillero se dirigió sobre Guanajuato, de donde con trabajos fué rechazado; cuando se le creía derrotado, se presentó frente á Irapuato, lugar que no pudo tomar, por la vigorosa defensa que hizo el Comandante Esquivel. Por aquellos días, Albino concibió un plan muy atrevido, que de haberle dado resultado habría influido mucho en la revolución, quitándole al Gobierno español el más hábil General con que contaba. Calleja había ido unos días á descansar á la hacienda de Cuevas, inmediata á Guanajuato, y sabedor de ello Albino García, se acercó á ella, pero entonces el General español hizo que fuese á la hacienda una fuerza considerable, con lo que se frustró la combinación del insurgente. Habiendo salido Calleja para Guanajuato, Albino atacó la plaza, situando un cañón en el cerro de San Miguel y derrotando á las fuerzas que se le opusieron; los independientes entraron á la población llegando hasta la plaza de San Diego, pero allí perdieron el cañón y se vieron obligados á retirarse. El vecindario atribuyó á milagro la derrota de García, que ya se consideraba vencedor.

La Junta de Zitácuaro, entre tanto, celosa de su autoridad, exigía á Albino que la reconociese, pero éste, que se había lanza-

do por su cuenta al campo, se negaba á ello diciendo que "no había más soberano que Dios, ni más alteza que un cerro ni más junta que la de los ríos;" en vano se mandaron contra él á Rubí, al padre Saavedra y á Cajiga, á todos los derrotó y al último lo envió sólo y desarmado á Zitácuaro. Puesto de acuerdo con Muñiz y el padre Navarrete, resolvieron atacar á Valladolid; pero Trujillo desbarató la combinación, haciendo batir en detall á sus enemigos, para lo que envió á Don Ángel Linares (2 de Febrero) con trescientos hombres; alcanzó á Albino en los cerros de Tarímbaro, y á pesar de sus tres ó cuatro mil hombres, le infligió tan seria derrota que le quitó seiscientos caballos y lo obligó á volver á buen paso á Guanajuato.

García Conde se propuso acabar esta vez con el guerrillero, que se había refugiado en el Valle, y al efecto, ordenó á Oroz que marchase por Yuriria, en tanto que el primero marchaba por Celaya, pero Oroz no obedeció ó entendió mal la orden, y se entretuvo en batir la pequeña partida del Coronel Pulido; García Conde, que ignoraba esto, siguió hasta el Valle, donde se encontró con todas las fuerzas de Albino, que lo derrotaron, á pesar de que aquél logró llegar hasta la plaza del pueblo. Días después, reunidos los dos jefes realistas, entraron al Valle, sin encontrar al guerri-

llero, que en el ínterin se batía con Guizarnótegui, al que causaba bastantes pérdidas, y amenazaba á Irapuato, (Marzo de 1811). En Abril siguiente atacó Albino García el convoy que estaba en Salamanca y al que le quitó bastantes cargas; á pesar de que lo defendían jefes tan caracterizados como García Conde é Iturbide, poco faltó para que lo perdiesen todo, pues los insurgentes cargaron reciamente y hasta las mujeres disparaban contra los realistas: hubo necesidad de dividir el convoy en Irapuato para que pudiese llegar á su destino.

En resumen, casi no hubo un importante encuentro de armas en todo el Bajío, en que dejara de tomar parte el infatigable Albino, quien había logrado establecer una fábrica de cañones y de pólvora en el cerro de la Magdalena, y se sabe que también mandaba fabricar moneda en el Valle de Santiago, imitando el cuño de Zacatecas.

Aquel último ataque era más de lo que podía tolerarse á un simple guerrillero, por lo que en virtud de órdenes superiores marchó Iturbide á Guadalajara á ponerse de acuerdo con Cruz y Negrete, y aprovechándose de la circunstancia de haber sido aprehendido por esos días Don José Antonio Torres, la división del último pudo dedicarse á la persecución de Albino; Negrete cubriría los caminos que de Parangueo y

Yuriria conducen al Valle, y García Conde, que estaba en Silao, haría lo mismo con el de Celaya; pero García se les adelantó, pues el 10. de Mayo atacó con numerosa fuerza á Irapuato; destacado el realista Villalva, se retiraron los insurgentes á la hacienda de las Animas, y durante todo el día estuvieron tiroteándose con aquél; como toda era tropa de caballería, no se llegaba á ningún resultado, hasta que Villalva hizo funcionar la artillería. Desapareció como el humo el ejército de Albino, y como durante seis días no lo encontró Villalva por ninguna parte, se desquitó entrando á degüello en el rancho de San Jacinto, donde sólo se encontró un hombre, que fué muerto; mientras esto sucedía, Albino atacaba inútilmente á Celaya el 5 de Mayo. El día 15 salió García Conde á las dos de la mañana de Silao para poner en planta el plan acordado, pero Albino, que era sagaz, no lo esperó, sino que se dirigió con toda su fuerza sobre Negrete, que estaba en Parangueo, y lo puso en tal aprieto, que á no haber sido por la llegada de García Conde queda derrotado; el insurgente tuvo que retirarse, con alguna pérdida de gente, entre la que se contó Clemente Vidal, uno de sus tenientes de más confianza.

Los realistas, formando tres columnas, mandadas por García Conde, Negrete é Iturbide, fueron sobre el Valle, pero no en-

contraron á Albino; Negrete volvió á Jalisco y los dos restantes en vano buscaron y persiguieron al guerrillero durante diez y siete días de activa campaña, no lo pudieron encontrar en ninguna parte, á pesar de encontrarse enfermo de gota, y al fin desistieron de su propósito por entonces. Pero habiendo llegado García Conde con el convoy á Salamanca el 4 de Junio, supo que Francisco García, hermano de Albino, más conocido por "el brigadier Don Pachito," estaba en el Valle; inmediatamente formó su plan y al anochecer despachó á Iturbide con ciento sesenta jinetes en persecución del guerrillero. A las dos de la mañana del día 5 llegó el realista al Valle y por astucia se hizo del santo y seña, consiguiendo entrar al pueblo; despertados los insurgentes trataron de defenderse, y aunque muchos lograron huir, cayeron presos Albino, el brigadier Don Pachito, Pineda, varios otros jefes y murieron unos cincuenta hombres; otros tantos que cayeron prisioneros fueron fusilados; únicamente escapó Don José María Rubio, que fué Coronel de la República, y que según declaró, se encontraba contra su voluntad entre los insurgentes.

Iturbide dió aviso de su captura á García Conde y este militar se condujo de una manera bastante villana, acaso porque ya estaba cansado de la persecución, ó porque

quiso tomar venganza en el preso de los trabajos que había pasado. Para hacer mofa del preso, lo hizo recibir con el aparato de la entrada de un Capitán general, formada la tropa en la carrera, haciéndole los honores correspondiente á aquel empleo, con repique de campanas y salva de artillería; colocados Albino y su hermano en la plaza, frente al balcón del mesón en que estaba García Conde, éste los insultó de palabra y en seguida dirigió un discurso harto insulso al pueblo, que se agolpaba á ver en el abatimiento al hombre que un mes antes había puesto en tan gran conflicto aquella misma ciudad, y los soldados contemplaban con admiración al activo guerrillero que tantas fatigas les había costado. García Conde, en su parte al Virrey, le decía: "La brevedad del tiempo no me ha permitido recibir á ese generalísimo ladrón con todo el tono de burla que deseaba; pero sin embargo le he hecho formar la Tropa, que estaba deseosísima de verlo, haciéndole salva de Artillería con repique de Campanas, paseándolo por la Plaza con un concurso de gente extraordinario, y lo tengo bien asegurado con todos los demás para el justo castigo que merecen."

Pasada esa burlesca escena, se procedió á tomar á Albino García algunas declaraciones, encaminadas á descubrir el paradeo de los intereses que se dijo había robado.

y en seguida se le puso en capilla, lo mismo que á su hermano Francisco y á los otros dos prisioneros, dándoseles solamente el tiempo necesario para que se prepararan cristianamente.

Por fin, llegó la hora fatal para los sentenciados á la última pena, y ésta se cumplió en Celaya, la mañana del 8 de Junio, con la solemnidad y el bélico aparato que se quiso dar á la ejecución de un cabecilla contra quien pesan terribles cargos y contra el que había necesidad de emplear mucha actividad y varias divisiones, así como una larga campaña para capturarlo.

Así acabó el audaz guerrillero insurgente, que fué la continua pesadilla y el terror de los realistas del Bajío, quienes no habían podido separarlo de las filas insurgentes, ni por reiteradas y halagüeñas promesas, ni por medio del indulto, ni por amenazas y persecuciones, que no solamente iban dirigidas á él, sino también á sus padres, pues éstos fueron aprehendidos en Salamanca por orden reservada de Calleja, quien hizo le fueran enviados con una escolta al lugar donde él se encontraba, é igual suerte hubiera tocado á su esposa, si ésta, que era mujer varonil y de ánimo atrevido, no hubiera acompañado á García, compartiendo con él las duras penalidades de la campaña y los riesgos de aquella lucha sangrienta y sin cuartel.

Refiérese que la esposa de Albino, montada a caballo y con el sable en la mano, tomaba parte en los combates, animando con su ejemplo á los soldados insurgentes. Algún historiador ha dicho que esta señora, llamada Guadalupe Rangel, estuvo presa en Guadalajara en 1812; no es exacto; por Manzanitla y Jiquilpam, en aquella época había otro guerrillero llamado también Albino García, y de éste era esposa la Rangel, que habiendo conseguido probar que no ayudaba á los insurgentes, quedó en absoluta libertad.

Como se acostumbraba entonces, el cuerpo del guerrillero fué descuartizado, llevándose los miembros á Guanajuato é Irapuato y quedando la cabeza en Celaya; en 1821, el arquitecto Tresguerras reunió esos cuartos y la cabeza y les dió cristiana sepultura sobre una base de columna en un nicho del osario de la Parroquia, y en el pedestal hizo inscribir un soneto que el tiempo borró. Como no podía menos de suceder, la leyenda se ha apoderado del personaje y á propósito de los tesoros que se dice reunió Albino García en sus correrías y que depositó en las grutas del cerro de Culiacán, hay una curiosa narración de Don Fulgencio Vargas, en la que además de la leyenda el joven autor dejó ancho campo á su fantasía.



DOCTOR DON JOSE SIXTO VERDUZCO.

Este Doctor fué uno de los muchos eclesiásticos que se lanzó á la guerra llevado de la convicción de que era justa la causa de la Independencia.

Nació en jurisdicción del Obispado de Valladolid ó Michoacán, por los años de 1770 á 1773, y cuando ya estuvo en edad competente, ingresó al Seminario vallesolitano, donde hizo sus estudios; ordenado de sacerdote, sirvió diversos curatos, hasta que obtuvo por oposición el de Tuzantla, en el Sureste de Michoacán. Por cuestiones de vecindad, era conocido de Rayón, de quien fué Profesor, y el que lo tenía en gran estimación por sus conocimientos; cuando después de la retirada de Saltillo el Ministro de Hidalgo vagó algún tiempo por la provincia, fué á dar á Tuzantla, donde habló largamente con el Párroco, y ambos

empezaron á dar forma al proyecto de una Junta que diese organización á la guerra y ejerciese autoridad sobre todos los insurgentes. De aquí que cuando se tuvo á Zitácuaro se realizase ese proyecto y fuese llamado como Vocal Verduzco, ya que el Lic. Arrieta, el tercer nombrado por Hidalgo y Allende, se había indultado.

El nuevo Vocal empezó á trabajar con verdadera actividad y fué el que llevó todo el peso de los trabajos de la Junta, pues Licenciado no era muy competente para ello y Rayón estaba muy ocupado con el poder ejecutivo que ejercía, y al que iba anexo la dirección de las operaciones militares: cuando en Enero de 1812 la Junta tuvo que emigrar, creyó Verduzco que podía radicarse en las cercanías de su Curato, en Tlalchapa, pero se equivocó y él mismo tuvo que ir en pos de ella á Sultepec. Hasta entonces tuvo la habilidad de conseguir que las medidas odiosas de fusilamientos dictadas por la Junta recayesen en sus colegas; pero con la separación de éstos, que se decretó, cada uno iba á ser responsable de sus actos y á demostrar su competencia é incompetencia; á Verduzco le tocó en suerte el gobierno de la provincia de Michoacán, una parte de la cual conocía bien. A mediados de Junio de 1812 se dirigió á Huetamo, llevando como Secretario al Canónigo de la Colegiata de Guadalupe, Don

Francisco Lorenzo de Velasco, que hacía poco tiempo se había pasado al campo insurgente; de Huetamo pasó á Uruápam, punto donde estaba con más tranquilidad y en cuyo lugar disciplinó algunas tropas, para lo que "le fueron muy útiles, dice Alamán, algunos sargentos y oficiales desertores de las tropas realistas, supliendo con esto la completa ignorancia que en cosas de milicia tenían los dos Doctores," (Verduzco y Velasco).

No permanecieron allí muchos meses, pues Don Pedro Celestino Negrete fué á buscarlos y en las lomas del Calvario, inmediatas á Pátzcuaro, derrotó á Velasco, por lo que Verduzco, no considerándose seguro en Uruápam, enterró sus cañones y su metal (de lo que se apoderaron los realistas), y huyó á Apatzingan, á Tancítaro y á Araparícuaro, donde se decidió á presentar batalla, por ser ventajosa la posición, (Septiembre de 1812). Quedó enteramente derrotado el ejército insurgente, que dejó pocos prisioneros, por haberse dispersado completamente y por estar cansada la caballería realista. Negrete, creyendo bien castigado á Verduzco, regresó á Zamora, pero el Doctor se rehizo con mucha facilidad y volvió á Uruápam, pero habiendo tenido noticia de esto Negrete, dió algún descanso á su tropa y en 24 de Octubre emprendió una rapidísima marcha de tres días, en

la que hizo nueve jornadas ordinarias y consiguió sorprender á los insurgentes, que ya eran en número de mil hombres con siete cañones. Los realistas mataron muchos fugitivos, pero no consiguieron apoderarse del "cabecilla doctor," como llamaban á Verduzco, que se dirigió á Taretan y luego á Ario.

En este lugar, ya perteneciente á tierra caliente, encontró tan seguro asilo, que á su vez pensó en tomar la ofensiva, y al efecto circuló órdenes á los Comandantes insurgentes para que se le reuniesen: obedecieron Muñiz, Víctor Rosales, Suárez, Sánchez, Arias, el padre Carvajal, Montañó, Verdoya, Rodríguez, y otros, y llegó á formar una división respetable, aunque no de veinticinco mil hombres como dice Bustamante, que contaba buen número de cañones; en Pátzcuaro se aumentó el ejército y el padre Navarrete ofreció su cooperación. A oídos de Rayón llegó la noticia de la expedición, y ya por que no creyese á Verduzco capaz de realizarla, ya por otra causa, le dió orden de que la suspendiese hasta su llegada, pero aquél no obedeció, y en los últimos días de Enero de 1813 se presentó con seis mil hombres frente á Valladolid. Linares, que mandaba en la ciudad, y que no tenía esperanzas de ser socorrido, se defendió valientemente, y en una salida que hizo Orrantia derrotó á los insurgentes, ma-

tándoles 1,200 hombres, y les quitó su artillería, trenes de sitio, doscientos fusiles, ciento treinta prisioneros, que no fueron fusilados, etc.; el Barón Antonelli salió en persecución de Verduzco, que se había retirado á la hacienda de Puruarán, y de tal modo lo sorprendió que hasta le quitó su equipaje, provisiones, é hizo noventa y ocho prisioneros. No sólo no era sanguinario Antonelli, sino hasta generoso, pues sabiendo que en el combate de Valladolid habían perdido el vestuario, á cada uno de ellos le dió un peso para que pudieran volver á su casa; aquellos ganapanes, en lugar de agradecer el obsequio de la vida, de la libertad y del socorro que se les hacía, apenas se vieron en lo más empinado del cerro, le gritaron, arrojándole sus monedas: "Antoñuelo, toma tu peso."

Esa derrota, además de que acabó de desacreditar á Verduzco, hizo que aumentasen sus diferencias con Rayón, que lo tachó de desobediente, y que procuró ponerse al habla con él para acabar con aquéllas; al efecto, emprendió el viaje rumbo á Pátzcuaro, á donde llegó el 9 de Febrero; pero mientras Verduzco trataba de defenderse de los cargos que aquél le hacía, una partida realista se dirigía hacia la ciudad en busca del padre Navarrete, que de ordinario residía allí. Rayón y Verduzco, que tenían poca fuerza, salieron del lugar y se dirigie-

ron á Ario y allí se quedó Verduzco, siguiendo después para Urecho, donde lo alcanzó el Cura Delgado, disgustado con Rayón, y donde pocos días después se le unió Licéaga, que también estaba resentido. Fácilmente se entendieron los dos Vocales, que al fin publicaron un bando declarando que en ellos residía la soberanía y emplazando á Rayón para que dentro de tercero día se presentase en la hacienda de la Parota á contestar los cargos que se le hacían por haber usurpado la presidencia de la Junta, invadido la provincia de Michoacán, asignada á Verduzco, etc., etc.; como el emplazado no compareció, fué declarado traidor con toda su familia y los que le obedecían. Rayón, con pretexto de que se le reuniese el Lic. Solórzano (Francisco), lo hizo expedicionar por los contornos de Urecho, y los Vocales, desconfiados, lo atacaron y derrotaron, viéndose aquel jefe obligado á volver á Tlalpujahua, temeroso de caer en manos de sus enemigos.

Allí publicó una proclama vindicándose y acusando á su vez á aquéllos; los jefes independientes se dividieron más de lo que estaban y en vano Cos procuró avenir al triunvirato; por aquellos días ocurrió la derrota de Don Ramón Rayón en Salvatierra por Iturbide estando próximo Licéaga y muy lejano Verduzco, el que no obstante, fué acusado por el Ministro de Hidalgo, de

haberse indultado. Estas disensiones hicieron que Morelos, al cual todos habían ocurrido como el jefe de más prestigio que había, tomase participación directa en el asunto y con pretexto de reunir el Congreso nacional les diese cita en el pueblo de Chilpancingo; Verduzco y Licéaga acudieron prontamente; no así Rayón, que puso muchas dificultades y que en último término se vió obligado á obedecer porque se veía amenazado de que el Congreso se abriese sin su presencia. El 15 de Septiembre de 1813 empezó á funcionar ese Cuerpo, y Verduzco, aclamado Presidente, tuvo en él la representación de la provincia de Michoacán; siguió reuniéndose en diversos lugares, hizo la declaración de Independencia, y en Enero del año siguiente se trasladó á Tlacotepec. Verduzco, que lo había acompañado en todas sus peregrinaciones, pidió licencia, pero habiéndole sido negada, continuó en su puesto y contribuyó á formar la Constitución de Apatzingan, que firmó, publicada el 22 de Octubre de 1814. Algún tiempo después, terminado el período que debía funcionar, se retiró á su Curato de Tuzantla, donde por temporadas vivió tranquilamente, sin que lo persiguieran los realistas.

En Noviembre de 1816 estuvo en riesgo de ser aprehendido por el Capitán Amador, pero su sangre fría y la ligereza de su ca-

ballo lo salvaron; se ocultó en los montes ó en el rancho de las Piedras, inmediato á Tiripitío, y en Agosto de 1817, cansado del tan largo reposo que había tenido, se presentó á la Junta insurgente de Jaujilla, la que lo nombró Comandante general de la provincia de México y luego de la del Sur, pero no pudiendo reunir ni una insignificante partida, se retiró á Purichucho, cerca de Huetamo. Los realistas Cueva y Salazar, sabedores del escondite del Doctor, cercano al en que estaba Rayón, resolvieron apoderarse de ambos por un atrevido golpe de mano, muy arriesgado, por tener que atravesar el río donde empezaba la jurisdicción de Bravo y de Guerrero. La combinación dió resultado y el 10 de Diciembre de 1817 fué hecho prisionero Verduzco y llevado violentamente al otro lado del Mexcala; Bravo, empeñado en libertar á los presos, fué á su turno hecho prisionero y á todos los condujo Armijo, que se hizo cargo de ellos, á Cuernavaca, y de ahí los envió á México.

Verduzco fué encerrado en los calabozos de la Inquisición, (10. de Febrero de 1818), y en ellos y en el convento de San Fernando permaneció preso treinta y dos meses, hasta Octubre de 1820, que se alivió algo su situación; llevado á la cárcel de Corte, permaneció incomunicado dos meses y medio más, hasta el 23 de Diciembre, que fué

puesto en libertad en virtud de un indulto publicado; dió fianza de no volver á la revolución, que estaba casi extinguida, y escogió como punto de residencia la Villa de Zamora. Se encontraba allí cuando Iturbide se pronunció por la Independencia; pero Verduzco, ignorando el resultado de la campaña, permaneció neutral, y sólo cuando se vió que aquélla iba á realizarse, se dedicó á predicar en favor de ella; después de la entrada del ejército trigarante fué promovido al Curato del Valle de San Francisco, en la provincia de San Luis Potosí, y cuando se estableció la Federación fué nombrado Senador por aquel Estado en dos ocasiones. No se presentó ante la Junta de recompensas, como lo hicieron muchos otros, y terminó sus días en esta capital, ignorándose exactamente la fecha de su fallecimiento. Los historiadores que se han ocupado de Verduzco lo han tratado bastante mal y no ha faltado quien lo califique de sumamente ignorante y atrasado.



DON MIGUEL GALLAGA.

Este caudillo, á pesar de que hizo una campaña muy corta, dejó profundos recuerdos en la memoria de los habitantes de Guanajuato y Nueva Galicia, por sus hechos.

Era sobrino de Don Miguel Hidalgo, el iniciador de la Independencia, nacido en la provincia de Nueva Galicia, donde residía la familia, y muy joven ingresó en la religión de San Juan de Dios, haciendo sus estudios en el convento que la Orden tenía en Guadalajara. Es digno de observación el hecho que los legos que se lanzaron á la revolución, como Gallaga, Villerías, Herrera y algún otro, pertenecían todos á la Orden hospitalaria de San Juan de Dios.

Desde los primeros días de la insurrección Don Miguel tomó parte en ella, pero sujeto entonces á las órdenes de Don José

Antonio Torres y de los primeros caudillos, pocas ocasiones tuvo de distinguirse; asistió al combate del puente de Calderón y estuvo en la retirada á Zacatecas, pero conocida la idea de los Generales, de dirigirse al Norte, muchos jefes y oficiales solicitaron permiso para obrar por su cuenta en territorios que les fuesen familiares, y en este número debe contarse á Don Miguel Gallaga, que se quedó expedicionando por el Sur de Jalisco, principalmente por las cercanías de Zapotlán, donde tenía algunos parientes.

Al frente de una numerosa partida de independientes empezó á distinguirse en Febrero de 1811, y mientras Cruz estaba ocupado en arreglar los asuntos de la Nueva Galicia y en pacificar Colotlán, que juzgaba muy importante, Gallaga expedicionó por el Sur y al fin se apoderó de Zapotlán con una fuerza de tres mil hombres, entre los que había bastantes jinetes y cuatro cañones. Fué destacado Negrete sobre la población y el lego, que salió á las afueras, quedó derrotado, salvándose él gracias al buen caballo que montaba: el ejército insurgente se dispersó y dejó su artillería (6 de Mayo); Gallaga y mucha de su gente se dirigieron al Sur, á donde no lo fué á buscar Negrete por ser empresa difícil hallarlo en los grandes bosques y profundas barrancas que rodean el volcán de Colima.

En pocos días reorganizó el activo guerrillero su ejército, y unido á las partidas de Cadena y de Sandoval, consiguió tener una división de cinco mil hombres, con la que ocupó Colima, que hacía pocos días había vuelto á la obediencia del Gobierno. Hubieron de unirse las partidas realistas de Linares y Del Río para atacar la ciudad, donde se les hizo una tenaz resistencia, que no fué coronada por la victoria; los insurgentes perdieron cinco cañones, muchas armas y pertrechos y huyeron por diversos rumbos, (21 de Agosto).

Gallaga se dirigió á Tomatlán, en la costa, con cincuenta hombres mal armados, y á poco lo siguió Sandoval con setenta hombres; ambos jefes habían quedado disgustados por el éxito de la batalla, y el segundo, aprovechándose de su mayor fuerza, previno al primero que saliese de Tomatlán, que era conquista suya; negóse el lego á obedecer, profiriendo expresiones ofensivas para Sandoval, que se dirigió en busca de Gallaga; al avistarse ambos, éste castigó á un soldado suyo que había obedecido una orden de aquél; entonces uno de la partida de Sandoval hizo fuego sobre el lego, que cayó gravemente herido. Sandoval dió orden de que se le levantase para llevarlo á fusilar frente á la Parroquia, y una vez allí, el mismo Don Miguel, haciéndose superior á los dolores que sentía,

se puso de rodillas, imploró la misericordia de Dios, se vendó él mismo los ojos y dió la voz de fuego. Dos balazos acabaron con él.

Los indios de la comarca, que le eran muy adictos, recogieron su cadáver, lo llevaron al Presbiterio de la Parroquia, abrieron un sepulcro, en el que estaba enterrado un eclesiástico muerto hacía algún tiempo, y sacando á éste del cajón en él depositaron los despojos de Don Miguel Gallaga. Además del apodo de "El Lego," con el que lo designaban los realistas, se le conocía con el de "El Príncipe," que le daban sus partidarios, seguramente por ser sobrino del iniciador de la Independencia. El gobierno de Jalisco se libró así, indirectamente, de un caudillo que tanto que hacer le dió en los pocos meses de campaña que hizo y que amenazaba llegar á ser un enemigo terrible si, como sucedió con otros, á fuerza de derrotas aprendía el arte de la guerra y á luchar con los realistas.



BERNARDO GOMEZ DE LARA.

Este indio de raza pura huasteca, fué uno de los guerrilleros del Norte que con más decisión combatieron á los realistas, al frente de una gran partida formada también por indios.

Era originario de las inmediaciones de Tula de Tamaulipas y desde que Carrasco y Mireles ocuparon el Saltillo, se decidió por la revolución, pero disponiendo de una corta partida, no tuvo ocasión de distinguirse sino hasta algunas semanas después; en Marzo consiguió reunir bajo sus órdenes doscientos hombres de Tula, Nola, La Palma y otros puntos, y hacerse de algún armamento, pues al principio sólo tenían sus soldados flechas y lanzas. y con estos recursos se creyó capaz de emprender una lucha activa contra las escasas guarniciones realistas que había en la provincia y